

EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

RELIGION, FAMILIA, PROPIEDAD,

FUNDADOR.

DIRECTOR.

CENSOR ECLESIASTICO.

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,
Canónigo Magistral.

Sr. D. Antonio Soriano Barragan,
Presbitero.

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,
Canónigo penitenciario.

Se publica todos los juéves en 16 páginas á dos columnas.—Precios de suscripcion: 10 reales trimestre; 38 un año.—Redaccion y administracion: Sol, 135.

SECCION DOCTRINAL.

Corolario de nuestro articulo sobre los escritores públicos.

Siempre hemos creido que la educacion influye de una manera poderosa en todas las circunstancias de la vida, en todos los estados y condiciones.

Ella puede hacernos felices ó desgraciados: aumentar nuestros males ó disminuirlos: calmar los agudos dolores del alma, ó llevarnos á la desesperacion: enjugar nuestro llanto, ó hacernos verter lágrimas en abundancia.

Ella siembra de aromosas flores de preciosas virtudes el camino de la vida, ó de punzantes espinas que agudas brotan por entre los halagos del vicio.

Ella en fin puede convertir-

nos de hombres en sangrientas fieras, de ángeles en demonios.

¿Qué importa el triste y mísero destino que al hombre quepa en la tierra, si lleva en su corazon la semilla de la fé que hace nacer la resignacion y la esperanza? Con este escudo abroquelado las cadenas mas fuertes se rompen: su pesadez y opresion se hacen ligeras: las mas oscuras prisiones, los mas hediondos calabozos, destellan una purísima y brillante luz: y las persecuciones mas injustas se sufren con la sonrisa en los lábios y la tranquilidad en el alma; porque la educacion cristiana enseña, que el mas Justo y Santo de todos los hombres fué horriblemente perseguido.

Al contrario el que no ha tenido una educacion convenientemente moral, cuando la religion

es agena á ella, ¡qué desgraciado es! En medio del negro y borrasco mar de las pasiones marcha sin brújula que lo guie: erizado de escollos se ve espuesto á cada paso, que dá, á perecer: no ve el puerto de salvacion; porque ha apagado el faro luminoso que lo mostrara.

En la opulencia vive inquieto: no contento con lo que tiene, desea siempre mas: ansía multiplicar sus fruiciones: todos los goces le parecen pocos: en fuerza de gozar, se cansa: viene el hastío de la vida, y con él el recuerdo del mal uso que ha hecho de una fortuna que han absorbido los vicios: que siendo rico se ha hecho voluntariamente pobre; y abandonado de sus amigos de escándalos y de orgías, arrastra una existencia miserable; con ella el desprecio de los unos, la compasion de los otros, llevando sobre su frente la marca ignominiosa del vicio y de la deshonor. Concluye por el suicidio.

En la pobreza, no tiene resignacion para sufrirla: vé á sus hijos hambrientos y cubiertos de harapos: pudiera trabajar para proporcionarles alimento, y un vestido modesto: pero como le falta la educacion moral, mira con envidia y ojos codiciosos la riqueza agena: prefiere la holganza y los crímenes al trabajo

y la paciencia; y para conseguir lo que desea se pone á merced de cualquiera que pretenda exaltar sus pasiones y enloquecer su razon con esperanzas ilusorias, y utopias irrealizables. En último termino el oprobio, ó el cadalso.

¿Está recargado el cuadro? No: sus dimensiones son harto reducidas: sus colores medias tintas: pero resalta en el la verdad justificada por los hechos.

¿Y cual puede ser, nos preguntamos, la causa de que se vicie el corazon del hombre hasta el punto de convertirse en bruto unas veces, en fiera sangrienta otras, y llegue hasta sentir un empedernimiento tal en su alma que aleje de ella todo sentimiento de humanidad, y *emborrache su razon con el vicio* de la prostitucion mas infame? Vamos no mas que á indicarla.

Comprendemos bien que una madre cristiana, ese angel de amor y de ternura colocado al pié de la cuna en nuestra infancia, y guiando nuestros débiles pasos en la edad primera, inspira en el corazon de aquel pedazo querido de sus entrañas los sentimientos de la religion, las puras y bellísimas máximas de la fé y de la moral. Todo va bien hasta aquí. Pero llega un dia en que aquel hijo querido se desprende de sus brazos; empieza otra educa-

cion distinta de la que ella le prodigara, recostado en su regalo maternal; y otros sentimientos empiezan á germinar en su virgen corazon que la compañía de amigos de estudio imprimen en su alma, y que la lectura de periódicos de cierto género, folletos y novelas de cierta clase, y la enseñanza doctrinaria en las universidades, desarrollan poco á poco hasta llegar al desbordamiento de las mas groseras pasiones; y del pedestal de la virtud, que tierna y cariñosa madre le inspirara, vuela á la cumbre de los mas impíos y detestables vicios, de las mas insensatas opiniones, de las mas absurdas teorías.

De otra manera no podríamos concebir la verdad de las palabras del inolvidable Aparisi y Guijarro cuando reprochaba cariñosamente los discursos y pensamientos de Castelar, recordándole las virtudes de su santa madre, ni tampoco la fé purísima y tierna devocion y sagrados recuerdos que su piadosa madre hacia en su última carta á Garcia Ruiz, quizás en tanto que él meditaba proyectos nuevos contra la Iglesia y nuevas blasfemias contra la Trinidad Beatísima. ¿Y quién sabe, si mientras Suñer y Capdevila desplegaba aquel lujo de impiedad contra

Dios, y contra la religion de su Cristo en el seno de las Córtes, su cristiana madre, vertiendo lágrimas al pié de los altares, rogaba al cielo por aquel hijo descreido?

Y tanto mas motivo tenemos para afirmarnos en nuestra creencia, del inmenso daño que causan los escritores públicos de cierto temple y las funestas consecuencias que producen hasta cambiar el ser moral de los que á su lectura se consagran, cuanto que mucha parte de las creencias é ideas que hemos visto desarrollarse en las cátedras y en los parlamentos en nuestros dias, traen indudable origen, diremos mas, parecen sin ningun género de duda inspirados por hombres enemigos de Dios y de la sociedad, en sus nefandas obras.

La *Teología pero razonable* del Baron D. Holbach ó sea *Dios y los hombres, su moral universal y sistema de la naturaleza*; las *Ruinas de Palmira* y su tratado de derecho natural de Volney; el *Emilio* de Rousseau, la *nueva Eloisa*, el *Deismo* y su *contrato social*; el *Eusebio*, los *Misterios de Paris* de Eugenio Sué; las *Cartas* de Voltaire á Federico de Prusia; la *Enciclopedia* de Diderot y D. Alambert, y otras muchas obras que no citamos, casi nos atrevemos á decir

han inspirado esos sentimientos é ideas, que han regalado al público y propinado á las masas algunos de nuestros escritores.

Ese fanatismo tan cacareado, que suponen en la Iglesia, que á su decir, tantas víctimas y desaciertos ha causado en los pueblos, y esa *moral universal*, que hija es solo de la razon humana erigida en suprema ley de las acciones del hombre, contrapuesta á la ley eterna origen único y fundamento de toda verdadera moral, y como tal verdaderamente universal, todo esto y otros muchos principios que omitimos consignados los vemos muy claramente en el *Dios y los hombres* y *Sistema de la naturaleza* del Baron D' Holbach.

El origen de las religiones y ese desatentado naturalismo impregnado del ateismo mas grosero, del mas repugnante materialismo de Suñer, y esa religion con su moral Kraussista y acomodaticia de Castelar, que, elevándose en alas de su loca fantasía, y dando un paseo aéreo por regiones desconocidas, la observa y vé como la mas natural y consecuente á las necesidades del hombre como ser social, político y religioso, cualquiera diria que se las ha inspirado á estos dos hombres públicos aunque de tan distintos talentos y palabras,

Volney, descubriendo sobre los destrozados mármoles de Palmira el origen de todas las religiones, haciendo á la fundada por Cristo originada de la de Zoroastro y los Wedas.

El *Contrato social* de Rousseu, las *Cartas* de Voltaire, su *Ensayo sobre las costumbres*, las tragedias, *Catilina ó Roma libertada*, la *Merope*, *Bruto el antiguo* y *Bruto el moderno*, todas estas obras llenas de impiedad, de principios antisociales, han ocupado, no hay que dudarlo, gran parte de las vigiliass, y fundado las torpes elucubraciones de los hombres que se llaman sábios regeneradores *de la humanidad envilecida por el oscurantismo*; en ellas se han inspirado para proclamar y defender en los parlamentos esos principios socialistas, revolucionarios y anticatólicos que todos hemos podido conocer y apreciar. Estas y no otras son las fuentes cenagosas donde han bebido las turbias aguas, que han emponzoñado su corazon, emponzoñando á la vez á sus jóvenes discípulos en las escuelas.

Sus ideas, desarrolladas en grande escala por el espíritu moderno y las filosofías racionalistas, han formado y forman todavía la educacion científica y moral de los jóvenes confiados á su cuidado y direccion, ideas

que, inspirándolas en sus tiernas y dóciles almas de cierta manera seductora estos maestros sentados en la *cátedra de la pestilencia*, ellos llegado su tiempo, consignan y desarrollan en periódicos, folletos y hojas sueltas, que corriendo de mano en mano halagan los instintos y pasiones de los ignorantes ó incautos y esparcen por doquiera la intranquilidad, hacen brotar deseos desconocidos, que inspirándoles utopías irrealizables, ambiciones insensatas, llevan la afrenta á las familias, la perturbación á los estados.

Vamos á concluir; pero queremos antes hacer una saludable advertencia á los padres de familia por si acaso leen nuestro periódico.

Recordamos haber leído en una obrita destinada á la educación pública, los siguientes versos en su portada ó primera hoja, que venían á ser como el epígrafe de ella. Sentimos no recordar su autor.

En tus hijos la patria se afianza,
Si dignos ciudadanos le procuras,
Sobre la fé fundando su enseñanza.

Ahora bien; siguiendo este consejo, verdad inconcusa, preciso es que se desengañen los padres de familia. Obligación suya es imprescindible, ya que á la

Iglesia se la ha despojado de la verdadera y debida inspección de la enseñanza, examinar cuidadosamente en manos de que maestros ponen á sus hijos; cuales son las obras de texto, con que empiezan á alimentar sus tiernas é impresionables inteligencias, y huyan como de la peste más mortífera de aquellos cuyas máximas y enseñanza no esté basada en la moral cristiana.

Al mismo tiempo deben ejercer dentro de sus casas la más esquisita vigilancia, haciendo desaparecer y arrojando al fuego toda clase de periódicos, novelas y folletos que no estén inspirados por un catolicismo á toda prueba.

De otra manera, no lo duden, la estudiada lectura de semejantes escritores hará brotar en el corazón de sus jóvenes hijas pasiones morales desconocidas, que borrarán en sus almas la semilla de la virtud; y en sus hijos, esperanza y porvenir de la familia y la patria, pasiones políticas, que no solo engendrarán el descreimiento y la duda, sino que exacerbando sus sentimientos, los conducirán á los crímenes más detestables, cubriendo para siempre de ignominia, de oprobio y de dolor á los que le dieron el ser, después de haber sido el escándalo de la sociedad entera.

¿Y quién tendrá la culpa?
No será seguramente la Iglesia.

Juan José Pedrajas.

La maledicencia.

«No os engaños, dice San Pablo, los maldicientes no poseerán el reino de Dios...» Mas por desgracia no son pocos los que ignoran ó afectan ignorar esta verdad evangélica, y la maledicencia con todo el repugnante séquito de sus deplorables efectos, impera en la sociedad de nuestros días tan libremente y de tan descarada manera que debiera afligirnos y ruborizarnos ya que no hay nobleza y valentía para proscribirla de lleno.

Una simple ojeada hácia esta desventurada sociedad, nos hará patente los verdaderos motivos, los caracteres y efectos comunes de esta peste de la humana familia.

¿Porqué razon en esas ociosas tertulias y reuniones donde la vanidad de cada uno, que desearia llamar la atencion de los demás exclusivamente encuentra un obstáculo en la vanidad de todos que se proponen otro tanto con respecto así mismos; donde se pugna con tanta destreza y á las veces bien á las claras para

conquistar una atencion que á duras penas se concede á otros; porqué razon, decimos, se la concilia con tanta facilidad aquel que promete en su exordio que hablará mal del prójimo, sino porque un sin fin de pasiones esperan recrearse con sus palabras? ¿Y cuáles son aquellas? Es en primer lugar el orgullo, que tacitamente nos hace suponer nuestra superioridad en el abatimiento de los demás, y nos hace llevaros nuestros defectos con la idea de que hay quien tiene otros semejantes ó tal vez peores. ¡Miserable condicion del hombre! Deseoso de perfeccion rehusa los socorros que la religion le presta para adelantar hácia la perfeccion que pudiéramos llamar absoluta, para la cual fué criado, y se desvive por una perfeccion relativa y anhela no por ser el óptimo, sino el primero; no quiere ser perfecto, sino compararse. Es además la envidia inseparable del orgullo, la envidia que se alegra del mal como la caridad del bien, la envidia que respira mas libremente cuando ve manchada una buena reputacion, ó cuando descubre que hay una virtud ó un talento menos de lo que pensaba. Es el ódio, que con tanta facilidad nos persuade lo malo. Es el interés que nos hace aborrecer á los rivales de toda especie.

Tales son con otras semejantes las pasiones que con tanta frecuencia nos incitan á pronunciar y escuchar con entusiasmo el mal de nuestros prójimos. Con ellas se explica en parte el deleite que experimenta el hombre cuando se rie del hombre y le condena, y la lógica indulgente y fácil que admite sin examinar las pruebas que la maledicencia acumula, mientras que para creer una buena acción ó la intención recta que la dirige, se levanta á menudo un severo tribunal y se ejerce un juicio no menos arbitrario que inexorable. No es de extrañar, pues, que la religion repruebe y condene tales pasiones con sus deplorables efectos: son estas materiales podridos, enemigos declarados de toda trabazon, que no pueden servir para el edificio de amor y de humildad, de culto y de razon, que aquella pretende levantar en el corazon de todos los hombres.

Pero hay además en la maledicencia un carácter de vileza que la coloca en la especie de delacion secreta, y hace que resalte tambien por este lado su oposicion con el espíritu del Evangelio, que es todo franqueza y dignidad, que abomina los caminos encubiertos por los cuales se daña á otro sin esponerse uno, y en los contrastes que se deben

sostener con los demás hombres por la justicia, prescribe una conducta que supone denuedo y valentía. El censurar á los ausentes no pone por lo comun en peligro á quien lo hace; es una hostilidad contra quien no puede defenderse; es no pocas veces una adulacion de quien escucha, tanto mas innoble. cuanto mas ingeniosa. «No hablarás mal del sordo,» es uno de los piadosos y profundos preceptos de Moisés; y los moralistas católicos cuando le aplicaron al ausente, dieron á conocer que penetraban el verdadero espíritu de una religion que manda á quien se ve precisado á oponerse aun á los presentes, que lo haga con caridad y evitando villanas descortesias.

La maledicencia, dicen algunos, es una especie de censura que sirve para tener á los hombres dentro de los límites de su deber. Sí por cierto; como serviria para disminuir el número de delitos un tribunal compuesto de jueces imperitos, interesados y prevenidos contra el reo, donde este no fuese escuchado, donde quien quisiera salir á su defensa fuese burlado y escarnecido, y donde las mas veces todas las pruebas contra el acusado se admitiesen sin el exámen necesario para motivar la sentencia. ¡Cuán cierto es que se da fé á la maledi-

cencia sin mas apoyo que el de argumentos tales, que no bastarian para producir una leve probabilidad si se tratase de materias que interesaran muy de cerca á quien escucha con placer al maldiciente!

¡Lamentamos la desconfianza que reina hoy entre los hombres!: pues la facilidad de hablar mal es una de sus principales causas. Aquel que ha visto á un hombre pintada en su rostro la sonrisa de la amistad en el acto que estrechaba á otro la mano, y que le oye despues referir mil iniquidades del mismo á sus espaldas, interpretar sus intenciones y entrar en el santuario de sus pensamientos, debe por necesidad desconfiar de todos igualmente y creer que las espresiones de estimacion ó de aprecio, de amistad ó de ódio, las inspiran la bajeza ó la malignidad. Creceria por el contrario la confianza, y con ella la paz y la benevolencia, si la maledicencia se proscribiese: y quien quiera que abrazando á un hombre pudiera estar seguro de no ser el blanco de su censura y de su mofa, lo haria mas fácilmente y con un sentimiento mas puro y libre, de caridad.

Creem muchos que la repugnancia á sospechar y suponer lo malo, nace de excesiva simplicidad ó inexperiencia, como si se

necesitase gran perspicacia para suponer que todos y en toda ocasion eligen el partido injusto y vituperable, cuando mas bien la disposicion á juzgar con indulgencia, á pesar las acusaciones precipitadas antes de darles crédito y á compadecer los verdaderos errores, exigen un hábito de reflexion sobre los motivos complicadísimos que determinan á obrar sobre la debilidad del hombre y sobre su naturaleza.

Quien oye referir los severos juicios que se han hecho sobre él con poca madurez, siente de ordinario un grado de injusticia, de que no sospechaba acaso quien los hizo. Habia obrado en una situacion en que le colocaban ciertas circunstancias, sentimientos y opiniones, cuyo conjunto conoce y comprende él solo: el censor no se hizo cargo de todo, juzgó el hecho aisladamente por unas reglas cuya aplicacion no puede medir como conviene, y acaso criticó á otro hombre solo porque no obró como obraria él, y porque no le tiranizan las mismas pasiones. Y si bien el censurado debe reconocer á veces que la maledicencia no fué calumnia, no se siente de ordinario movido al arrepentimiento, sino al rencor; no piensa en reformarse, sino en examinar la conducta de su detractor y en bus-

car algun lado débil que dé entrada á la recriminacion, porque la imparcialidad es rara en todos, pero mas en los ofendidos. Asi se traba una ruin pelea y se entabla una continúa é incansable ocupacion de examinar y propagar los defectos ajenos, que contribuye sobremanera á disminuir la atencion y el exámen sobre los propios.

Siendo esto así, no hay por que estrañar que las iras y las ofensas, los insultos y las venganzas sean tan frecuentes y mortales entre nosotros cuando se encuentran y chocan los intereses. Con tanto pensar y decir mal estamos preparados; nos acostumbramos ya á vibrar nuestra lengua contra los demás, á alegrarnos de su envilecimiento, á maltratar á aquellos mismos con quienes no tenemos por que chocar, á tratar en suma á los desconocidos como enemigos. Por esto la Iglesia que desea y prescribe el amor fraterno, quiere tambien que no suponga uno el mal, que gima cuando le observa, que hable de los ausentes con aquella atencion delicada que el amor propio nos obliga á usar siempre con los presentes. Para dirigir las acciones enfrena las palabras, y para dar norma á estas nos intima la guarda del corazon. Quiere la Iglesia que

nos hablemos frecuentemente á nosotros mismos, que cuidemos de nuestras cosas, y la averiguacion curiosa que hacemos de los demás, que la hagamos de nuestra vida. Porque ¿qué excusa podremos tener ni como se nos podrá perdonar que estemos averiguando con solicitud nimia las cosas ajenas y que no nos venga á la memoria pensar en las propias?

M. Riera de los Angeles.

DOCUMENTOS IMPORTANTES.

Discurso de Su Santidad

A UNA COMISION DE LA OBRA PIANA.

La comision dió lectura de un mensaje, al cual se dignó contestar Su Santidad en los siguientes términos:

«A la hipocresía farisáica, que echaba en cara á los apóstoles violar la ley del sábado, porque tomaban con sus manos algunas espigas á fin de proveerse de un poco de harina con que alimentarse, á esta exageracion hipócrita, ha sucedido el desprecio á la ley cristiana de la santificacion de las fiestas.

Hay dos causas de esto. Muchos trabajan y hacen trabajar preocupándose poco de las prohibiciones de la ley. Otros muchos hacen trabajar para barrenar la ley mis-

ma. Cuanto á los primeros, puede decirse que están poseídos de la sed de ganancia; los segundos obedecen á un espíritu de diabólica incredulidad. Aquellos están bajo la sombra de la avaricia; estos bajo la presión de la impiedad.

La avidez de ganancia muestra el desprecio de la ley del Decálogo y del desenvolvimiento que la Iglesia da á esta ley. La otra muestra el deseo de quemar incienso en el altar de la impiedad. Parece que en nuestros días el único medio de sostenerse en el poder consiste en declararse incrédulo y despreciador de la ley de Dios.

Pero vosotros los que teneis el poder, prestad oído. *Praebete aures qui continetis multitudines et placetis vobis in turbis nationum.* Si hoy os complacéis en la profanación de las fiestas, en el despojo de las iglesias, en la dispersión de los ministros del Santuario y en tantas otras obras anti-cristianas abominables, debéis también presentaros ante el Tribunal Divino para ser sometidos en él á un juicio que será severísimo, precisamente porque mandáis y administráis hoy: *judicium durissimum iis, qui praesunt, fiet.* Y si el Clero en algunas partes está relajado en la disciplina, y si en alguna parte se separa del recto camino, las faltas y los pecados de esta pequeña porción de los ministros del Santuario caen sobre vosotros, que no habeis sabido imitar á tantos personajes de los siglos pasados,

que fueron los protectores y no los perseguidores de la Iglesia.

Me place á este propósito hacer saber que en estos últimos días se me ha ofrecido la fotografía de un cuadro que se encuentra en el interior de la Rotonda, y en el cual se ve representado á un emperador que ofrece el Panteon, es decir, el templo de Agripa, á un Papa. El emperador Phocas es quien ofrece al Papa Bonifacio IV el Panteon, y el Papa acoge su donación con evidentes señales de agrado. Se remonta este hecho á una época alejada de nosotros más de doce siglos. El Santo Pontífice dispuso que el templo fuese consagrado al culto cristiano. Pero como los romanos mostrasen repugnancia en adorar al verdadero Dios en un lugar en que se habia visto adorar á los falsos dioses del ciego paganismo, él, el Pontífice, llenó la iglesia de reliquias de los Santos mártires y quiso dedicarla á la misma Reina de los mártires. Hé aquí por qué se llama hoy día la basílica de Santa Maria *ad martyres*. Así es como los cristianos, bajo la protección de la Reina de los mártires y de los mártires mismos, entran con confianza en el templo transformado de la santa invocación de los mártires y de su Reina.

Como entonces, se ven en siglos posteriores, en uno y otro tiempo, iglesias fundadas ó enriquecidas por los grandes del mundo. Sin embargo, en más de un lugar han cambiado los pensamientos y la

acciones; se despoja; se oprime, se quiere la destrucción de todo lo que pertenece á la Iglesia y la destrucción de la Iglesia misma, si fuera posible.

El azote empuñado por la mano de Dios ha sido arrojado al fuego, y el aquilon le difunde.

De aquí que se insinúe y penetre en cien lugares diversos y encuentre por todas partes elementos que obren, piensen y hablen de la misma manera.

En medio de los furoros de tan gran tempestad, clamemos al Señor que se sirva aumentar nuestra fé, acrecentar nuestro vigor para llegar á obtener la salud. Y estad seguros de que responderá: *Nolite timere; ecce ego vobiscum sum.*

Esperándolo así, vosotros perseverad en la cristiana empresa á que estais entregados.

Esforzaos en aconsejar y propagar, no solamente la abstencion de obras serviles en las fiestas, sino tambien la santificacion por la asistencia al Santo Sacrificio, la elevacion del espíritu á Dios, la lectura de cualquier libro instructivo, audicion de la divina palabra, por medio de la realizacion de alguna obra de caridad, sin que todo esto impida tener algun honesto recreo.

Proseguid valerosamente en la obra cristiana y no os preocupeis de ciertas burlas, por las cuales se quiere impedir el bien y rechazarle con sarcasmos y burlas. Esperándolo así, que Dios os fortifique

con su bendicion; que esta bendicion descienda en abundancia sobre vosotros, sobre vuestras familias, sobre vuestros bienes. Ruego á Dios que os conduzca como por la mano en el viaje hácia la eternidad.

Benedictio Dei, etc.»

SECCION DE VARIEDADES.

¡¡Bien por Albóx!!

En medio de las agitaciones y borrascas de la época presente; cuando la impia revolucion levanta por doquier su brazo homicida contra la Esposa Inmaculada del Cordero, consuéla observar uno de esos espectáculos que sorprenden por su magnitud y elocuencia; que conmueven el corazon y hacen asomar á los ojos lágrimas de verdadero regocijo y alegría.

Consuela, sí, anima y alienta ver que las disolventes doctrinas de esos hombres llenos de vicios, dominados por las pasiones, y cuyo delirio los ha arrastrado hasta el punto de declarar guerra al mismo Dios; de esos hombres que quieren ver agonizar el Catolicismo entre las miserias y persecuciones; que quieren hacer desaparezcan de la superficie de la tierra los insignes monumentos del arte cristiano; que quieren, por último sepultar nuevamente en las catacumbas la Iglesia de Aquel que abandonó su sólio de esmeraldas y se despojó de los

resplandores que le cubrían, para vestirse con el traje de la naturaleza humana y redimir al mundo; consuela, repetimos, ver que las disolventes doctrinas de esos hombres no encuentran eco en la generalidad de los españoles, en los cuales hay un fondo católico que es de todo punto imposible desaparezca, por muchos que sean los esfuerzos que para conseguirlo hagan los sectarios del error.

Albóx, la católica *Albóx*, cuyo entusiasmo siempre que considera á la religion con su caracter magestuoso y amable es superior á toda ponderacion, ha dado una prueba mas con la última *romeria* al Santuario de nuestra Señora de los Desamparados del Saliente, de que conserva aun el rico tesoro de la fé cristiana que con tanto orgullo le legaron sus antepasados, y que por nada ni por nadie dejará de temblar, por encima de los escombros y minas que el error ha amontonado por doquiera, el estandarte Católico, como única salvacion de la sociedad y símbolo de la justicia, de la libertad, del órden, de la paz y de la verdadera felicidad de los pueblos.

Albóx ha oido la voz de la grandiosa figura de nuestro siglo, del varon justo, del anciano venerable, del invencible mártir, *Pio IX*, que le dice «la oracion no es solamente digna de elogio, sino esencialmente necesaria en los tiempos que corremos,» y ha exclamado con una excelente *Revista Católica*:

«cuando el Papa que vé los males de la Iglesia y sondea las miserias de la sociedad, nos manda orar, todos los hombres de fé, deben inclinar su frente, elevar su alma al cielo, y orar.» Y hombres y mujeres, y jóvenes y ancianos, y nobles y plebeyos, y ricos y pobres, con mas fé que nunca, han volado presurosos al magestuoso Santuario que sobre la escarpada sierra del Saliente se eleva, á rogar por la destruccion de la impiedad, la libertad de la Iglesia y la salvacion del mundo á la augusta capitana de las huestes cristianas; la que siempre ha sostenido el brazo de nuestros guerreros, y cuyo poder nos recuerdan Covadonga, S. Quintin, Lepanto y Granada; la que en la guerra de los siete siglos humilló la media luna, haciendo que el sagrado lábaro de la Cruz, saliera ileso de tan sangrienta lucha; la que supo abatir el orgullo de los Nerones; fracasó los planes de los Enriques; destrozó falanges impias; hizo desaparecer los colosos del mundo; desplomarse los imperios del despotismo; hundirse los edificios erigidos á la soberbia; y que las coronas envilecidas por el crimen, se desprendieran de régias sienes para ser humilladas hasta el polvo.

Bien quisieramos poseer la fluidez de palabras y arrebatadora expresion de Milton; la inspiracion sublime, magestuosa y solemne de Klopstok, para pintar cual se merece cuadro tan consolador, como

el representado por Albóx en esta ocasión. ¡Quién pudiera describir con galana pluma aquellas escenas de ternura, de sentimiento y de dolor á la vez que de placer y de entusiasmo! ¡quien... Ah!.. es nuestro pueblo, nuestros hermanos no se han inficionado de las ideas impías de este siglo.

Pero precisa decir ya algo de la romería que nos ocupa, siquiera sea con brevedad y palidez.

Desde el día 6 del que rige se ha visto constantemente el pintoresco camino que conduce al sagrado monumento lleno de fervorosos peregrinos. En carruages iban muchos, á pié muchísimos, otros descalzos; hombres y mugeres de todas edades, aun niños que beben en los pechos de sus madres el néctar que les da la vida. De los labios de todos no se oían mas que cánticos de alabanza á la coronada de Samir.

Llegaron, por fin, al punto de su destino.

¿Qué palabras podrán expresar la emoción que sintieron todos los corazones en aquel momento? ¿Qué pluma es suficiente á describir lo que pasó á la vista de aquel grandioso edificio de arquitectura compuesta, con sus trescientas sesenta y cinco puertas y ventanas, con sus bóvedas suntuosas, con la economía de sus adornos, con el género y equidistancia de sus pilares, con la perfecta distribución de sus naves, construido en una esplanada que forma la sierra del

saliente, y á cuyo pié se ven algunos arroyuelos, que serpentean dulcemente sobre prados de aterciopelada yerva, de aljófares de aromáticas flores, que parecen de cultivados jardines, impregnando la atmósfera de esas emanaciones gratas que alegran el espíritu y vivifican la sangre cuando se respiran? ¿Qué entendimiento es capaz de comprender lo que aconteció al divisar á la Soberana Emperatriz de las Madres, á la que veneramos sobre todas las criaturas y solo despues de Dios? ¡Oh! allí todos postrados de hinojos y en medio del silencio de las tumbas, interrumpido solamente por los suspiros que exalaban los corazones oprimidos, allí con las mejillas surcadas por las lágrimas, allí es donde con pureza y fervor se elevaron preces á Maria; allí es donde todos oraron, pero con confianza jamás vista, y de allí, en fin, nadie se sabia mover, trasportados de devoción, pareciendo que no era morada de la tierra aquella que quedó santificada con la presencia de la virgen de las vírgenes; de la que es mas hermosa que las doncellas de Sidon y de Tiro y que las flores de Saaron.

El corazón se dilata de júbilo, al recordar aquellos signos de alabanza, aquellas sentidas plegarias que naciendo entusiastas de los pechos, volaban cual espirales de incienso al trono del Soberano Sér, y á los piés de la peregrina flor de celebridad inmensa.

En la noche del día 7, y después de cantar las *vísperas*, se sacó en procesion el bello simulacro, en medio de un inmenso gentío que le acompañaba, ocupando los que nó, los picachos de la escarpada sierra. No escasearon los *victorios*, así como también en fabulosa cantidad se veían los cohetes rasgar el cerúleo espacio, pregonando las glorias de la que es mas graciosa que las alas de los Serafines.

Al día siguiente se celebró solemne misa, y un notable orador sagrado ocupó la cátedra del Espíritu Santo, pronunciando palabras de consuelo y publicando los encantos de la que es mas esbelta que la palma de Cádiz. Después de esto todos los romeros empezaron á desfilan para sus moradas. Pero antes, con los ojos arrasados de lágrimas, fueron á despedirse de la aparecida á Lázaro, y todos la cantaron *bendita*, como la cantan los ángeles pulsando sus laúdes de marfil y oro entre nubes de incienso perfumado; hermosa como el mar balanceándose en su inmensa cuna y adurmiendo sus olas en la arena; bendita como la cantan las flores del valle que bordan la fimbria del mes de Mayo, y como los bosques de mieses que cual un mar de oro desflora el aliento del cierzo estival; bendita como la canta la aurora que nace y el sol que al occidente marcha en su carro de luz; bendita como la canta la noche con sus armonias misteriosas y su lla -

meadora lámpara de plata que una mano invisible sostiene en el azul; bendita como todos los cantares la cantan, como todas las voces la bendicen, como la pregonan todos los himnos (1).

Albóx, pátria mia, has engarzado un florón mas á tu ya brillante corona católica. ¿Quién te ha conservado tan pura? ¿Quién te ha conservado tan grande?

Y tú María, vírgen Maria, diré con la *Revista Católica* antes aludida, tú que tienes un templo en cada una de nuestras plazas, y una ermita en cada una de nuestras colinas, y un santuario en cada una de nuestras montañas; y un altarcito en cada uno de nuestros hogares; tú que te complaces en el trono de perlas en que, en Zaragoza, Monserrat, Guadalupe y Leon, Granada y Albóx, te saludan los fieles; tú que has santificado con cien prodigios nuestros fecundos campos; tú á quien celebra la noble dama, y ofrece manojitos de azucenas la modesta campesina; tú á quien el pueblo acude en sus aflicciones, y visita el enfermo en sus dolores; tú á quien bendice la feliz desposada; tú toda sin mancha, que guardas la inocencia del niño, y la castidad de la doncella, y el pudor de la esposada; tú que alimentas el amor de la madre y la piedad de la viuda; tú á quien dicen bienaventurada todas las generaciones ¡sálvanos!

(1) Pastor Aicart.

Sé nuestro apoyo; sigue, sigue benigna acariciando á España: no la olvides: no olvides que aun palpita en todo pecho verdaderamente español, un corazón que se ofrece de hinojos á tus piés.

Aun nuestros valles resuenan alegres al tañido armonioso de las campanas que anuncian tus fiestas.

Aun suspende el artesano sus tareas para adorarte, y el labrador sus faenas para bendecirte.

Todavía Albóx corre presuroso á depositar en tus altares purísimos la ofrenda de su amor.

¡Sálvanos, Madre mia, sálvanos!

Amador Ramos Oller.

SECCION DE NOTICIAS.

Dice un adagio «así paga el diablo á quien le sirve» y esto es lo que está pasando á Mr. Loysson, conocido antes de su apostasia por el P. Jacinto. Bien empleado le está al mal aventurado ex-carmelita lo que está sufriendo, segun copiamos de un periódico de Madrid, que se expresa en estos términos:

«Nuestros lectores saben que el desgraciado Padre Jacinto ha hecho renuncia de la parroquia que le habian confiado los apóstatas de Suiza; pero ignoraban acaso el extremo de desprecio con que le miran todas las personas que conservan algun resto de honradez en el fondo de su alma. El siguiente hecho da la medida de lo que pueden esperar del mundo los sacerdotes

que por el mundo abandonan á Dios.

«Habiendo dicho el periódico *La Salud Pública* que el general de la *Commune*, M. Cluseret, era uno de los amigos del Padre Jacinto, Cluseret; ¡hasta el mismo Cluseret! rechazó esta idea como una humillante calumnia, y en carta de 27 de Julio último dijo al director de aquel periódico:

«¡Todo ántes que eso! Entre M. Loysson y yo media toda la distancia que hay entre el hombre que pone en peligro su vida por las ideas, y el que vive de estas.

»Mientras yo, en defensa de mi causa, he perdido carrera, fortuna, patria, familia y amigos muy queridos, M. Loysson, confeccionando lo que él llama Iglesia, y no es en sus manos más que un comercio, ha ganado familia, fortuna y fama. Para lograr que se le abriesen las bolsas de los ricos capitalistas de Ginebra, no ha reparado, ¡él que se llama Apóstol de un Dios de misericordia! en despedir con un puntapié á los pobres proscritos.

«M. Loysson pertenece, en mi concepto, á la raza de los explotadores, y á los de peor especie; para los cuales yo no sentiré sino el más profundo despreció. M. Loysson no ha venido jamás, ni entrará jamás en mi casa.

»Empero, ¿á qué vendria él á mi casa, siendo yo pobre?

*
* *

El emperador Francisco José ha apro-

bado en Agosto la eleccion del metropolitano romano de Hermannstadt, M. Ivackovics, para la Sede patriarcal de la Iglesia sérvia en Carlowitz. La instalacion solemne del nuevo jefe de la Iglesia sérvia debe haberse verificado el 18 de mismo mes.

*
* *

Nuestros lectores saben ya que el Padre Jacinto ha dejado de ser Cura *viejo* católico de Ginebra, ó ha perdido el sueldo que le habia valido su apostasia. Vean ahora la carta que ha dirigido, no á un Obispo, ni á una Junta eclesiástica, sino al Presidente y á los miembros del Consejo de Estado de la república del canton de Ginebra. Esto era natural. El curato no era para él un beneficio eclesiástico, sino un empleo puramente civil que habia recibido y conservaba únicamente por gracia de la autoridad civil. Esto por sí solo lo dice todo. Pero fijémonos en el texto literal de la carta.

Dice así: «Señor presidente y señores miembros del Consejo de Estado de la república del canton de Ginebra.

Ginebra 4 de Agosto de 1874.

Señor presidente y señores: Adherido desde el fondo de mi corazon á la Iglesia católica, en la cual he sido bautizado, y de la cual deseo la reforma, no la ruina; y convencido además por una experiencia ya suficientemente prolongada de que el espíritu que prevalece en el movimiento católico-liberal de Ginebra no es, ni liberal en política, ni católico en religion, tengo la honra de ofrecer mi dimision de las funciones de Cura de la Parroquia de Ginebra.

Recibid, señor presidente y señores, la expresion de mis respetuosos sentimientos.

Jacinto Loysson, Presbítero.»

Les Annales Catholiques, al insertar esta carta, dicen que la dimision presentada por el Padre Jacinto fué aceptada por *unanimidad*. ¡Así recompensa siem-

pre la incredulidad á los Clérigos apóstatas que abandonan á Dios por servirla! ¡Qué lección para todos los Clérigos rebeldes!

*
* *

Acaba de colocarse en el santuario de Ntra. Sra. de Lourdes una nueva bandera. Es la de Polonia, cubierta con un crespon.

Ha sido conducida por el Padre Fellowski, de la mision polonesa en Paris.

Mil quinientos peregrinos de Paris llegaron á Poitiers, dirigiéndose á Lourdes. La recepcion ha sido magnífica. Obreros de ambos sexos forman la mayoría. Un religioso de la Asuncion llevaba en sus brazos un tierno niño ciego, cuya curacion milagrosa espera obtener.

Resúmen de las materias que contiene este número.

SECCION DOCTRINAL.—Corolario de nuestro artículo sobre los escritores públicos, por el Sr. Don Juan José Pedrajas.

—*La maledicencia*, por el Sr. D. M. Riera de los Angeles.—DOCUMENTOS IMPORTANTES.—*Discurso de S. S. á una comision de la obra Piانا*.—SECCION DE VARIEDADES.—*¡Bien por Albóx!*, por el Sr. Don Amador Ramos Oller, Presidente de la Juventud Católica de dicho pueblo.—

SECCION DE NOTICIAS

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,

Azonaicas, 4.